

RAFAEL FORNS, EL PRIMER IMPRESIONISTA DE LA PLANA

RAFAEL FORNS ROMANS.—Este pintor, hombre polifacético, que tenía la pintura como el primero de sus «hobbies» (permítasenos el barbarismo), no vivía de ella, a pesar de que expuso en numerosas ocasiones, y con éxito notorio, pero su talento le hizo dedicarse al arte, al mismo tiempo que lo compartía con su trabajo profesional de médico y catedrático de la Facultad de Medicina en Madrid. Forns fue pintor vocacional, por espíritu y afición, lo que quizás hace más meritoria su obra.

Hombre culto en toda la extensión de la palabra, dominó diversos aspectos del Arte: la música, la pintura, la literatura, etc., al tiempo que también, como decimos, estaba encuadrado en su profesión con una dedicación y entrega poco comunes, ya que tenía consultas en el extranjero, frecuentemente participaba en Congresos e investigaba en la medicina, para estar siempre en vanguardia de las técnicas operatorias y de sanidad más recientes, en beneficio de sus enfermos, a los que dedicaba lo más de su existencia y su voluntad.

Desconocido por completo en su tierra, a pesar del importante legado de obras, que dejó a la Diputación Provincial de Castellón, es la primera vez que sale a la luz un apunte sobre su biografía, que ahora hacemos pública, ya que se trata de dar a conocer una de las más apasionantes vidas, de todas cuantas hemos recogido, en nuestra tarea de estudiar los pintores de la provincia castellonense.

Rafael Forns Romans nace en Cuevas de Vinromá, un pueblecito de Castellón, a 45 kilómetros de la capital (circundado por los términos de Salsadella, Alcalá, Villanueva de Alcolea, Albocácer y Tírig) un 12 de diciembre de 1868. Allí ejercía su padre la profesión de médico, hasta que, contando Forns hijo nueve años, se trasladó a Castellón.

Por entonces se despierta su vocación por la pintura, y como vive en la calle Mayor, precisamente muy cerca de la casa del pintor Mundina Milallave, Rafael Forns asiste a sus clases, pero todavía muy joven, poco puede avanzar; no obstante, ahí queda su primera etapa de aprendizaje, que tanto influirá en su obra ulterior cuando decida pintar más conscientemente.

Al terminar el bachillerato, decide marchar a Barcelona, dispuesto a seguir los pasos de su padre en la Medicina, al tiempo que también estudia Farmacia, y en sus ratos libres asiste a las clases de la «Lonja», en donde aprende la pintura bajo el dictado de Caba y Martí Alsina.

Sus herederos, y más concretamente su sobrina Amparo Ferrer Forns, conservan cuadritos de paisajes de la primera época de nuestro artista en los que se evidencian su constante superación y progreso.

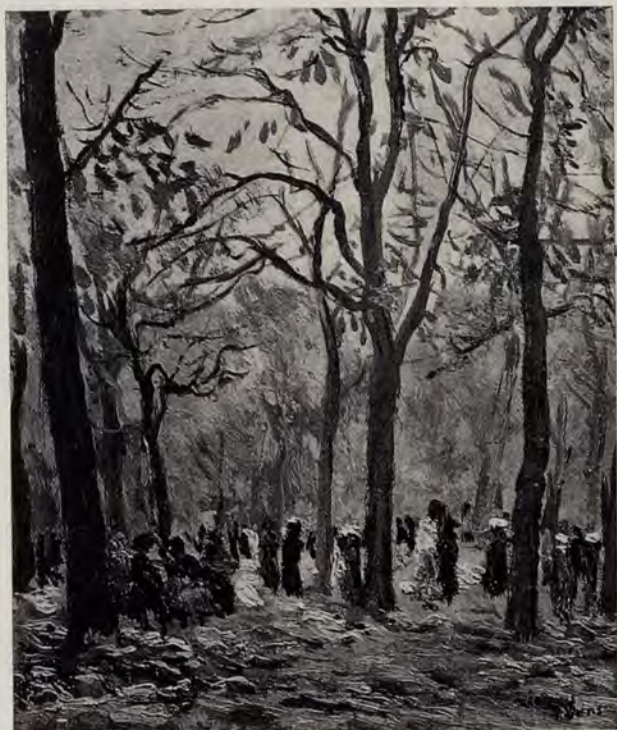
Al finalizar sus carreras, contrae matrimonio con la ahijada del doctor Letamendi y marcha a Madrid a establecer su consultorio de Otorrinolaringología y realizar su doctorado en 1889. Al poco tiempo, se convocan oposiciones para cátedras. Forns no lo duda y, tras brillantes ejercicios, gana la de Higiene en la Facultad de Medicina de San Carlos, de Madrid (1892), aunque luego, dadas sus amplias posibilidades, ejercería otras docencias.

Su vida se estabiliza, convirtiéndose en uno de los más afamados especialistas de Madrid, pero siempre aficionado al arte, visita con frecuencia los museos de la capital, cuando tiene tiempo, para estudiar las obras de los maestros del Renacimiento, del Barroco, etc., siendo particularmente estimados por él los retablistas medievales, por los que siente una gran inclinación, que le lleva a investigar sobre los modos y maneras de estos maestros, de cuyas obras logró hacerse una importante colección.

Forns es amigo de un sin número de artistas, a los que protege y alienta. En su mansión conserva un buen número de pinturas de todos los estilos que ha ido adquiriendo y descubriendo, o bien, le han sido gentilmente donadas por sus amigos y protegidos; así que dicha casa, de la calle de Letamendi, número uno, que ya es de por sí, un monumento histórico (la antigua casa de Iván de Vargas, en donde sirvió San Isidro Labrador y en donde aún se conserva el pozo que fue causa de uno de sus más comentados milagros, pintado por Alonso Cano), se llena de objetos de arte, que la convierten en un museo privado de enorme interés.

Por otra parte, su amistad con todos los artistas de Madrid le hace estar, cada vez más, pendiente del panorama pictórico nacional. Asiste con su producción a todas las Exposiciones Nacionales desde 1892, y a los Salones de Otoño, dando muestras de su pintura ágil, suelta y expresiva, fruto de la admiración por Haes, Sorolla y los impresionistas franceses.

En su tertulia artística, no faltan, bien en casa, o en el Café Madrid, artistas de la talla de Regoyos, Sorolla, Picasso, nuestro Adsuara, y otros, a los que se unen los literatos Valle Inclán, Benavente, Azorín.



«Tarde otoñal en El Retiro», por R. Forns.

¡Gloriosa época, en la que la metafísica de la discusión tomaba esencia propia, en torno a una mesa y cuatro tazas de café!

Forns se rodeaba de todos los «ismos» de la pintura». Era la lucha del impresionismo y el figurativismo clásico, que significaba, como decían los «ultras», la lucha entre las «afecciones de retina» y la mirada límpida y normal.

Forns es un auténtico hombre de su tiempo, emprendedor y audaz. Siempre en vanguardia de las nuevas experiencias científicas, practica las técnicas más diversas en el campo de la medicina; así, comienza a investigar un nuevo campo científico del que se empieza a hablar con insistencia, la cirugía estética. Nuestro médico la estudia con verdadera pasión y trata de asimilarla, logrando al poco tiempo conocer perfectamente sus secretos; asiste —ya se dijo— a congresos, habla con colegas de otros países y procura adentrarse lo más posible en los conocimientos de esta especialidad, que luego, con el paso del tiempo, le permitirá establecer uno de los más importantes consultorios, de prestigio no sólo nacional, sino internacional. En 1908, fue nombrado Consejero de Sanidad; escribiendo varias obras médicas, personalmente o en colaboración con los doctores Letamendi o Mayoral.

La oportunidad de partir a París se la ofrece la guerra del 1914-18, ya que a su terminación, la capital de Francia se queda casi sin médicos, ni especialistas. Marcha a París, donde monta su consultorio de cirugía estética, logrando un señalado triunfo más en su carrera y consiguiendo un puesto entre los más preeminentes de Francia, dentro de esta modalidad quirúrgica. Pero, con esto ser importante, corre pareja con la satisfacción de poder contemplar a menudo la obra de los impresionistas, que tanto admira, y a los que, sin conocer antes, siguió merced a la obra de Haes, de quien fue principal continuador.

La vida bohemia de París le impresiona, y, su fama como médico no le impide alternar con artistas, conviviendo con ellos, y saboreando las seductoras esencias del viejo Montmartre.

Los viajes a esta capital se suceden con frecuencia, tanto que alterna sus clases y trabajos en Madrid con su consultorio francés. Pero, como la pintura le atrae muchísimo, para conocerla más, programa una excursión que se prolongó durante varios meses y le retuvo nuevamente en su querido París, en donde tan a gusto se encontraba. De allí marchó a Londres, lugar de otra serie de provechosas experiencias y en la que pintó por las calles, entre otras cosas, el río Támesis, que quedó reflejado en varias de sus más destacadas telas.

Vuelto de nuevo a Francia, va a Marsella, para pasar de aquí a Italia y recorrer Pompeya, Herculano, Nápoles, Venecia, Roma y otras ciudades. Regresa finalmente a su Patria y es nombrado médico particular del hijo del rey don Alfonso XIII, el infante don Jaime.

Alrededor de 1926, marcha a Barcelona a hacerse cargo de una herencia que le deja su tía Carmen Forns, y en una de las fincas que la constituyen, permanece el artista, hasta que, como no puede estar inactivo, marcha al Museo de Barcelona y se dedica a copiar los retablos góticos que en él se encuentran, logrando obras de auténtico mérito, por la perfección con que están reproducidas, como lo demuestran las que se encuentran hoy en la Diputación castellonense y que durante mucho tiempo adornaron su casa madrileña.

En otro orden de cosas, hay que destacar su afán conversador y sus relaciones públicas. En efecto, las tertulias de su casa en Madrid, son importantes; a ellas asiste casi toda la sociedad política de entonces; Juan Negrín, que era profesor auxiliar de Forns en la Facultad de Medicina; Julián Besteiro, el Conde de la Mortera, el doctor Pitaluga, el ilustre guitarrista castellonense Daniel Fortea, el doctor Piñerua, José Antonio Primo de Rivera, el marqués de Luca de Tena y otros muchos.

Tendencias de todo tipo, pues, se encontraban en las tertulias sociales celebradas en casa del pintor

Forns, quien, al tiempo que discutía de política, aunando criterios y suavizando diferencias, enseñaba a sus amigos las muestras de su arte, que cada día iba tomando mayor fuerza e incremento. En toda España se conoce ya su labor pictórica; en Barcelona, en 1915 y 1918; en Valencia, en 1918; en Bilbao, en 1919, y en Madrid, en 1920, donde obtiene la tercera Medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes.

Forns manda también sus obras a las exposiciones internacionales: a la XIV Exposición Internacional de Venecia concurre con una obra suya pintada en Londres, que representa el Támesis visto desde Lambeth, y en Buenos Aires expone en 1919.

Nuevamente en España, obtiene en Barcelona en 1929 una Tercera Medalla con su «Old place Yard».

Enfermo desde 1930, se dedica a escribir música, otra de sus grandes aficiones; componiendo, entre diversas sonatas, conciertos, etc., la música de la célebre revista «Flores de lujo», que alcanzó una resonancia enorme en el campo de este género musical.

En el mes de abril de 1936 llega, por mediación del escultor Adsuara, parte de sus obras, y otras que poseía de distintos autores de reconocido mérito, al Museo Provincial de Castellón.

Pero su vida tocaba a su fin. Muy retirado y enfermo durante toda la guerra civil española, fueron éstos los últimos años de su vida; y a la edad de setenta y un años dejaba de existir en su domicilio madrileño de la calle de Letamendi, número 1, precisamente el día de San Isidro Labrador, 15 de mayo, del año 1939.

Forns dejó un legado importante en la pintura española. Su incipiente impresionismo, es todo un

logro en la pintura española, que no conoce hasta bien entrado el siglo XX la esencia misma de este movimiento pictórico. Forns, como todos los innovadores, tuvo que luchar con el pincel y la dialéctica contra la incompreensión y el inmovilismo artístico.

Sin embargo, he ahí su pintura: ágil, llena de materia, con amplios horizontes, con la vigencia del paisaje como principal protagonista, de fugacidad cambiante y con ópticas distintas de contemplación.

Forns es fruto de la intelectualidad de una época. El 98 hizo mella en su espíritu, y su abierto inconformismo se patentizó en su pensamiento y en su obra.

Con él triunfa el paisaje en España, hoy convertido en piedra de toque para muchos pintores, que, desvalorizando su primitivo objeto, han industrializado el tema. Nada de eso le ocurre a Forns, quien en este género plasma su misma época, con la fugacidad cambiante de los últimos años del XIX y las primeras décadas del XX.

Sin embargo, lo complicado de los tiempos que le tocó vivir, ha hecho que su pintura se haya desdibujado como en un complejo paisaje de brumas, cuales las que tantas veces vio y pintó en París y Londres.

Hoy es justo reivindicar, en apretado trazo, esta figura, que ya estudiamos en uno de los capítulos de nuestro trabajo doctoral «Dos siglos de pintura castellanense», y a quien con justicia podemos denominar el primer impresionista de La Plana.

ANTONIO J. GASCO SIDRO